

A distancia de dos leguas de Huastepec se encontraba otra ciudad guarnecida por tropas mejicanas. Era Yacapistla, poblacion sumamente fuerte, situada en una altura inaccesible á la caballería. Gonzalo de Sandoval al saber que sus habitantes se hallaban en actitud hostil, les envió mensajeros, ofreciéndoles la paz. La contestacion fué insultante y provocativa. Le dijeron que le esperaban con ansia, pues necesitaban víctimas de hombres blancos para ofrecer á sus dioses y celebrar algunos banquetes (1).

Gonzalo de Sandoval dispuso su tropa, y se dirigió, sin pérdida de momento, hácia la ciudad retadora. Los habitantes, unidos á una numerosa guarnicion mejicana, le esperaban, confiados en el triunfo. Siendo inaccesible á la caballería la empinada roca en que se hallaba situada la poblacion, mandó echar pié á tierra á los ginetes, dejando únicamente montados una parte de ellos en el campo, para impedir que llegasen refuerzos, y se dispuso á subir á la cima. Enormes piedras dejaron rodar entonces los de la plaza, que bajaban con ruido espantoso. Los indios aliados, al ver caer los enormes peñascos, retrocedieron aterrados,

España; y tenia tantas cosas, que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran príncipe.»

Este jardin lo conservaron los españoles por muchos años, despues de la conquista, donde cultivaban toda clase de yerbas medicinales, propias de aquel clima, y que dedicaban al uso de un hospital que allí fundaron. El instruido naturalista español, doctor Hernandez, habla muchas veces de ese jardin en su apreciable Historia natural, y se ocupa de varias plantas trasplantadas en él, entre las cuales se encuentra el árbol del bálsamo, llamado en mejicano, huitzilozitl.

(1) «Y la respuesta fué que vayan cuando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

remolinándose al pié de la montaña. Gonzalo de Sandoval tomando entonces á su cargo la empresa y resuelto á tomar la ciudad ó perecer en la demanda, dió el grito de «Santiago y á ellos,» y acometió la subida con los españoles (1). Los mejicanos dejaron rodar en aquel instante mayor número de enormes piedras, disparando á la vez un diluvio de flechas, en medio de los alaridos de guerra y del tremendo ruido de los instrumentos bélicos. Gonzalo de Sandoval, que habia recibido una herida en la batalla anterior, volvió á ser herido en la cabeza. Sin embargo, siguió adelante, combatiendo con el mismo valor, decidido á no retroceder un paso. Los soldados, imitando á su esforzado capitan, continuaban subiendo hácia la cumbre, asiéndose de los arbustos y de las piedras salientes del cerro, logrando vencer los obstáculos del terreno, merced á la fuerza de su recia musculatura. Muchos se encontraban heridos; pero nada era capaz de hacer desmayar el ánimo de aquellos hombres resueltos á morir. Los escuadrones aliados, perdido el terror primero, causado por la caida de las piedras, subian tambien con decision el cerro, sin que les intimidase ver caer sin vida á muchos de sus compañeros.

Vencidos los obstáculos que presentaba la subida, Gonzalo de Sandoval penetró en las puertas de la ciudad con ímpetu terrible. Una descarga de arcabucería y los certeros tiros de las ballestas, puso en desordenada fuga á los

(1) «Nuestros amigos viendo la fortaleza no osaban acometer ni llegar á los contrarios. E como esto vió el dicho alguacil mayor y los españoles, determinaron de morir ó subilles por fuerza á lo alto del pueblo, y con el apellido de *Señor Santiago*, comenzaron á subir.»—Tercera carta de Cortés.

defensores de la plaza. La matanza fué entonces horrosa. Los indios aliados, ciegos por el odio que profesaban á sus contrarios, los persiguieron con furia espantosa, sin dar cuartel á ninguno. En vano los españoles, compadecidos de los habitantes que huían aterrados, les decían que no matasen. Nada era capaz de contener el sentimiento de odio de que estaban poseidos. Bernal Diaz del Castillo, aunque no se halló en esta expedicion de Sandoval, «á causa de hallarse en aquella sazón, como él dice, muy mal herido del bote de lanza que en la batalla de Iztapalapan recibió en la garganta, herida que le tuvo á las puertas de la muerte,» refiere el ensañamiento de los indios aliados (1). No perdonaban ni aun á los inermes; y los castellanos lograron quitarles algunas personas de ambos sexos en los momentos que las iban á matar (2). Las tropas mejicanas, para salvarse de sus tenaces perseguidores, huyeron por el otro lado de la ciudad, rodando muchos de la altura y cayendo despeñados y cubiertos de heridas, á un riachuelo que, entre agrestes riscos, pasaba junto á la poblacion. El número de víctimas fué considerable. Las aguas del arroyo se tiñeron en sangre, dice Hernan Cor-

(1) «Y la causa porque no vine en aquella sazón es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me dieron en la garganta junto al gáznate, que estuve de ella á peligro de muerte, de que aun tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa.—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y todos los que mas daño les hicieron fueron los indios de Chalco y los demás amigos tlaxcaltecas, porque nuestros soldados, sino fué hasta rompellos y ponellos en huida, no curaran de dar cuchilladas á ningun indio, porque les parecía crueldad... y lo que comunmente hacían era reñir á los amigos porque eran tan crueles y por quitalles algunos indios ó indias porque no los matasen.—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

tés, y corrieron enrojecidas por espacio de una hora, sin que durante ese tiempo pudieran beber los sedientos soldados (1).

Logrado el objeto de la expedicion, con la toma de la ciudad de Yacapistla, Gonzalo de Sandoval volvió á Texcoco, dejando contentos á los chalqueños con los ricos despojos quitados al enemigo. La noticia de los triunfos alcanzados por los españoles y sus aliados, no hizo decaer el espíritu animoso del emperador Guatemotzin. La alianza de los chalqueños con los hombres blancos, habia despertado en su corazón el deseo de vengarse terriblemente en ellos. Activo y emprendedor, dispuso un número considerable de canoas que condujesen un ejército de veinte mil guerreros sobre Chalco en el instante que juzgase oportuna la hora. Esta llegó; y la flota mejicana cruzaba las aguas del majestuoso lago con direccion á Chalco, en los momentos mismos en que Sandoval acababa de llegar á Texcoco. Aun no se habia presentado á Cortés á darle parte minuciosa de las operaciones de su expedicion, cuando nuevos mensajeros chalqueños llegaron á la presencia

(1) «Fué tanta la matanza dellos á manos de los nuestros, y dellos despeñados de lo alto, que todos los que allí se hallaron afirman que un rio pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por mas de una hora fué teñido en sangre, y les estorbó de beber por entonces, porque como hacia mucha calor, tenían necesidad dello.»—Tercera carta de Cortés.

Bernal Diaz que, lo mismo que Cortés, no se halló en la accion y refieren lo que les dijeron sus compañeros y los aliados, da menos tiempo al enrojecimiento del agua á causa de la sangre: «Y como habia muchos dellos heridos de los que se venian á esconder en aquella quebrada y arroyo,» dice el soldado historiador, «y se desangraban, venia el agua algo turbia de sangre, y no duró aquel turbion un Ave-María.»

del caudillo español pidiéndole auxilio. En los instantes que ponían en su conocimiento el peligro que les amenazaba, entró en la sala Sandoval, á dar cuenta del éxito de la campaña. El general, atribuyendo á negligencia del joven capitán, el golpe dispuesto por los mejicanos contra sus nuevos aliados, y disgustado de que hubiese vuelto á Texcoco sin dejar sólidamente asegurada la tranquilidad de la provincia, le dió orden de que inmediatamente contramarchase á favorecer á los chalqueños. Trató Sandoval de explicar su conducta; pero Cortés no quiso oírle; y el valiente oficial, obedeciendo á su comandante, aunque profundamente resentido, se puso al frente de sus tropas, y sin haber descansado un solo instante, se dirigió á paso apresurado hácia la ciudad amenazada (1).

Entre tanto los chalqueños, unidos á los de Huexotzínco y Quauhquechollan, sus nuevos aliados, salieron á esperar á los mejicanos fuera de la población. Con las victorias alcanzadas al lado de los españoles, habían perdido el temor á los aztecas. La fuerza de los chalqueños y sus aliados ascendía á veinte mil hombres. Pronto se presentaron los mejicanos, mandados por sus mejores capitanes. La batalla empezó acometiéndose con furia espantosa los dos ejércitos. Por una y otra parte se combatía con igual valor y denuedo. Las flechas, las piedras, las macanas y las

(1) «El Cortés no le quiso escuchar al Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido recibían mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilación ni le oír, le mandó volver y que dejase allí en el real todos los heridos que traía, y con los sanos luego fué muy en posta; y destas palabras que Cortés le dijo recibió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso escuchar.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

lanzas, estaban en continuo movimiento, sembrando la muerte en los escuadrones contendientes. Después de algunas horas de lucha, en que la victoria se mantuvo indecisa, se declaró al fin por los chalqueños. Los mejicanos fueron completamente derrotados, y huyeron hácia la capital, dejando sembrado de muertos el campo de batalla. Muchos fueron los prisioneros hechos por los vencedores; entre ellos se contaba un general, varios capitanes y algunos personajes de la primera nobleza (1).

Alcanzado el triunfo, los chalqueños, cargados de despojos quitados al enemigo, volvieron á la ciudad entonando himnos de victoria. Poco después llegaba Gonzalo de Sandoval con sus tropas á Chalco. Ya no era necesario, por entonces, su auxilio; pero los habitantes se manifestaron agradecidos al ver que se había atendido á la petición hecha. El joven capitán español felicitó á los jefes aliados por el brillante hecho de armas en que acababan de quedar vencedores. Celebrado el triunfo por los chalqueños, entregaron los prisioneros de categoría á Sandoval para que los pusiese á disposición del jefe castellano. Cuando llegó á Texcoco, se retiró á su alojamiento sin presentarse á Cortés, resentido de la ofensa que injustamente le había inferido. El caudillo español se hallaba ya convencido de la noble conducta observada por el pundonoroso hidalgo. Le apreciaba con todas veras, y sentía haberle ofendido. Era el oficial en quien reconocía las mas relevantes dotes de huma-

(1) «Y se juntaron con los de Chalco, que serían por todo mas de veinte mil dellos, é ya les habían perdido el temor á los mejicanos, y gentilmente los aguardaron en el campo y pelearon como muy varones.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

nidad, de prudencia, de valor y de buen juicio. Por eso le habia confiado siempre las empresas mas delicadas, y le habia distinguido, guardándole una constante deferencia. Creyendo justo darle una franca satisfacción por el incidente pasado, le mandó llamar; y con la lealtad y franqueza del caballero y del militar, le dió las explicaciones necesarias sobre el hecho, quedando Gonzalo de Sandoval satisfecho con ellas, pues además de poseer sentimientos nobles y generosos, consagraba una amistad verdadera á su general.

Entre tanto, la obra del canal para conducir los bergantines á la laguna, se continuaba con actividad, y los buques se hallaban casi al terminar. Todos esperaban con impaciencia el momento de verlos flotando sobre las tranquilas aguas del lago, para dirigirse á poner sitio á la poderosa capital del imperio azteca. Tres veces habian intentado los mejicanos poner fuego á los buques, comprendiendo el daño que de ellos podrian recibir, y las tres fueron inútiles sus tentativas, cayendo presos algunos de los encargados de incendiarlos. Hernan Cortés tenia colocados activos vigilantes, dedicados exclusivamente al cuidado de los barcos, que hacian inútiles las tentativas de los mejicanos para quemar la flota (1).

A medida que se acercaba el dia de emprender la marcha sobre Méjico, se aumentaban los elementos de guerra

(1) «Quiero decir el gran recaudo que teníamos en nuestro real de espías y escuchas y guarda para los bergantines, porque estaban junto á la laguna, y los mejicanos procuraron tres veces de les poner fuego, y aun prendimos quince indios de los que lo venian á poner.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conq.

necesarios para acometer la empresa del sitio. El caudillo español recibió la lisonjera noticia de haber llegado á la Villa-Rica de la Veracruz tres bajeles con abundancia de municiones, bastantes armas, doscientos hombres y ochenta caballos. No podia llegar el refuerzo en momento mas oportuno. Era grande la escasez de pólvora que habia, y Cortés dice que «consideró la llegada de aquellos buques, como un favor especial del cielo; como un socorro visible que Dios le enviaba (1).»

No dice el general castellano de donde recibió ese refuerzo; pero es de suponerse que procediese de la isla de Santo Domingo. Habia escrito, como tengo ya dicho anteriormente, á la Audiencia de aquella isla, que era la que tenia á su cargo el gobierno de las colonias en América, dándole noticia de la alianza de Tlaxcala y de varias provincias, con el fin de que se interesase en su causa. Siempre se habia manifestado aquel respetable cuerpo, favorable á la empresa de Cortés. Es de creerse, por lo mismo, que decidiese á muchos que llegaban á Santo Domingo á que marchasen á reunirse con el afortunado caudillo, que ejercía un poderoso influjo en los habitantes de diversas naciones del Anáhuac (2). Varios hidalgos y per-

(1) «Me enviaron un mensajero, con el cual me hicieron saber que al puerto habian llegado tres navíos, y que traian mucha gente y caballos, y que luego los despacharian para acá; y segun la necesidad que teníamos, milagrosamente nos envió Dios este socorro.»—Tercera carta de Cortés.

(2) Bernal Diaz del Castillo solo hace mencion de un buque, y dice que llegó de Castilla: «Y trajeron en este navío, agrega, muchas armas y pólvora, y en fin como navío que venia de Castilla, é vino cargado de muchas cosas.» Es de suponerse que el buque llegó primero á Santo Domingo, y que su capitán y gente, sabedores por la Audiencia del brillante estado que guardaba la expedicion de Méjico, se decidiesen á tomar parte en ella.

sonas distinguidas llegaron entre los que marchaban á engrosar las filas del fatigado ejército de Cortés. Entre ellas se encontraba Julian de Alderete, tesorero real, que llevaba el encargo de cuidar de los intereses pertenecientes á la corona de Castilla. Tambien llegó un religioso franciscano, Fray Pedro Melgarejo de Urrea, con bulas pontificias, concediendo indulgencia á los que procuraban pagar la luz del Evangelio y morian en defensa de la cruz.

Pocos dias despues del fausto acontecimiento del refuerzo recibido, llegaron á Texcoco los embajadores de Tuzapan, Mexcaltzinco y Nauhtlan, ciudades importantes, situadas mas allá de la Rica-Villa de la Veracruz, en la costa del Seno Mejicano. La misión que llevaron ante Hernan Cortés, fué dar espontáneamente, en nombre de sus señores, la obediencia al soberano de Castilla. El caudillo español les dió las gracias por la alianza que solicitaban, y les hizo algunos regalos que agradecieron profundamente.

La fortuna parecia empeñada en favorecer al esforzado general español.

Aunque Hernan Cortés se encontraba ya con los elementos necesarios para poner sitio á la capital azteca y rendirla, se propuso no recurrir á ese medio desolador, sino despues de haber apurado todos los medios para llegar á un arreglo pacífico con sus habitantes. Admiraba la belleza de la ciudad y la vasta extensión de sus edificios, y queria evitar, dice en su tercera carta, «el que fuesen destruidos.» Animado por estos sentimientos, dispuso enviar á Méjico á los nobles aztecas que le entregaron los

chalqueños despues de la batalla ganada por ellos á los mejicanos, proponiendo la paz al emperador Guatemotzin. Les dió una carta para que la entregasen á su señor, no porque juzgase que seria entendida, sino porque servia de credencial y como contraseña de que llevaban una embajada suya. Cortés informó á los mensajeros del contenido del escrito, que era igual en un todo á lo que llevaban encargo de decir á su soberano. Las proposiciones del caudillo español se reducian, en sustancia, á lo que en las anteriores embajadas habia expuesto. Manifestaba á Guatemotzin, que no pretendia otra cosa sino que el monarca de Castilla fuese reconocido señor del imperio mejicano, como lo habia sido ya por Moctezuma, la nobleza y los gobernadores de las diversas provincias, en la respetable asamblea celebrada en la capital, poco despues de su llegada. Repetia, que no intentaba privarle del poder que ejercia como emperador, sino establecer una paz firme y una alianza indestructible entre los dos pueblos, que daria por resultado la felicidad y el bienestar de todos. Le suplicaba que le ahorrara la pena de tener que llevar la guerra á un pueblo valiente que estimaba, y de destruir una ciudad que no tenia rival en todos los paises del Nuevo-Mundo. Hernan Cortés terminaba invitándole de nuevo á la paz, y haciéndole saber que contaba con las fuerzas de las diversas naciones y provincias de Anáhuac, para aniquilar el trono y el imperio, en caso de que se desatendiesen sus pacíficas proposiciones.

La contestacion á esta embajada, fué la misma que alcanzaron las anteriores: el silencio y las hostilidades.

El esforzado Guatemotzin, queriendo probar al caudillo

español que le sobraba poder para hacer temblar á las provincias que se habian segregado de la corona de Méjico, dispuso enviar sobre Chalco un aguerrido ejército que destruyese la ciudad. La noticia de que se hacian los preparativos para realizar la idea, llegó á oídos de los amenazados á ser invadidos. Temiendo que la terrible tempestad que se preparaba, llegase á descargar, devastando la provincia, se presentaron los embajadores chalqueños á Hernan Cortés, solicitando su auxilio. Para hacerle ver palpablemente el inminente peligro que les amenazaba, le presentaron pintadas en una tela blanca de algodón, las ciudades que se estaban armando por orden de Guatemotzin contra los habitantes de Chalco, y el camino que debian llevar (1). El general castellano, les prometió auxiliarles; diciéndoles que le avisasen cuando fuese necesario.

No se hizo tardar el aviso. Tres dias despues volvieron á presentarse los mensajeros, asegurando que el ejército mejicano marchaba á toda prisa sobre la ciudad de Chalco.

Hernan Cortés, viendo que sus proposiciones de paz eran contestadas con hostilidades, se propuso patentizar que le sobraba fuerza para vencer.

En el momento que los enviados le anunciaron que las

(1) «Los de Chalco y otros sus aliados y amigos me vinieron á decir que los de Méjico venian sobre ellos, y mostraronme en un paño blanco grande, la figura de todos los pueblos que contra ellos venian, y los caminos que traian; que me rogaban que en todo caso les enviase socorro.»—(Tercera carta de Cortés.)

La manera de escribir de los aztecas era figurar los pueblos con las señas ó cosas que significaban sus nombres.

tropas aztecas se dirigian á su provincia, dispuso una fuerza de infanteria y caballeria para ir en auxilio de los aliados.

Pronto estuvo todo listo para emprender la marcha.

Hernan Cortés quiso hacer por sí mismo la campaña, y se puso al frente de sus veteranos.